

Para leer Godino

Rodolfo Godino: *Práctica interna*

2007-2012

En la poesía de Rodolfo Godino se conjugan dos elementos antitéticos: una cierta impersonalidad y una transparentada subjetividad. Puede aludir a vidas y horas, conductas presentes y pasadas, lugares distantes o cercanos, pero siempre desde la autoridad de una voz que reflexiona, convoca, guía. De ahí la rara alquimia entre los hechos que la fundan y la modulación con que son organizados en el poema. Ya en un libro lejano –*A la memoria imparcial*– se hizo explícito este rasgo. ¿Hay algo más humano, caprichoso y psíquico que la memoria? Seguramente no. Pero, en su finalidad poética, Godino le opone la cualidad de *imparcial* –esto es, ecuánime, neutral, objetiva–, lo cual nos introduce de lleno en la dimensión poética. Sólo en la poesía, que es el ámbito de la creación por excelencia, la memoria puede ser imparcial, no verificable, exenta de las pruebas del acierto y el error. Con lo que nos vemos es, entonces, con una obra que muestra a la persona del autor en el papel de augur, intérprete, oficiante. Son destellos y objeciones de la mente que piden lugar en el poema, convirtiendo a éste en una caja de resonancia donde la vida es retomada, examinada y puesta a significar en el concierto de las demás cosas existentes. Lejos está Godino de la objetividad girriana y de la poesía desprendida del yugo de lo real, como la interpretara Mallarmé. Con estas advertencias, destaco la existencia de un universo propio, y señalo, al mismo tiempo, que escritura y mundo interior son, en este poeta, lo mismo. No hay una poesía de Godino desprendida de su persona, así como tampoco hay una persona Godino con una biografía diferente a la de sus poemas.

El poeta ha hecho de su poesía la articulación de una voz que opera en paralelo con las voces de la convención y del uso. O, para decirlo con uno de sus títulos recientes: una *Lengua diferente*. Más que una prosodia y menos que

un testimonio. Lo primero, porque, libro a libro, ha ido estilizando los giros sintácticos, para ganar en comunicación; lo que es tanto como decir: menos abstracción y más existencia, menos ademán y más ruido de fondo, y ¿por qué no?: una nueva sentimentalidad para la poesía argentina. Y digo “menos que un testimonio”, porque se trata de una escritura en la que lo dicho cobra sentido en relación directa con la modalidad bajo la cual es expresado. Un arte de *Ver a través* –tomo las palabras de otro título suyo-, fruto de una artesanía lo suficientemente dúctil como para mezclarse con las cosas y las personas y dar cuenta de ellas sin apelar el espejo de la representación. Distante por igual de la idealización estetizante y de la sequedad conceptual, esta poesía resuelve como pocas el hiato entre las cosas y las palabras. Cosas, personas, reniegos y elogios son excusas que no condicionan la verdad semántica y formal del poema. Cada poema es una verdad en sí misma, hable de seres mencionados por sus nombres de pila o de innominadas figuras que parecen extraídas de su cielo para darles otra posibilidad en el poema.

En los últimos años, Godino adopta la modalidad del *Diario* –título de otro de sus poemarios-, tomando los motivos del poema tanto del discurrir de la memoria como del curso de los días. Pero el propósito no es hacer crónica ni autobiografía. Es más sutil. Es seguir la huella por donde las figuras pasaron y reconstruir su suerte como una metáfora de la vida. Godino se sirve de lo real para decir *ese algo más* que, de ordinario, queda soslayado en el relato de las personas. Sabe que las historias personales están sostenidas por los detalles y trabaja sobre esos detalles, iluminándolos y exponiéndolos. En esta atención, revela un carácter antropológico, en cuanto a estudio de la persona. Su fino olfato para detectar lo inexpresado lo lleva a remover cenizas –que, en términos reales, son fotos, cartas, imágenes fijadas en su retina, objetos del pasado- a la búsqueda del gesto ahogado que su verso rescatará para establecer la integridad de la persona, pero también para hacerle justicia.

Vemos, de este modo, que el marco de su poesía no está constituido por lo insólito ni por lo inusual, sino por lo cotidiano –lo diario, para volver sobre

la expresión- que estando en el orden de los hechos comunes, reflota en su memoria pidiendo un lugar en el escenario del presente. Tarea de exploración y sutura, de prestar atención a lo otro y a los otros, de hilvanar lo secreto -la mitad perdida, el lado de sombra, para decirlo con tropos de la cultura-, sin los cuales la elegía del alma no podría ser escuchada. Es la puesta en marcha del operativo mediante el cual el poeta sale al examen de su conciencia, en un ademán que consiste en atravesar la pared de los hechos, en limar los barrotes de la apariencia, y en recomponer todo eso detrás de un sentido que quizás no sea alcanzado, pero que en la búsqueda encuentra su legitimación. Tarea a la que cabe, con propiedad, aplicarle el vocablo “composición”. Palabra hoy desusada para referirse a la redacción de la pieza literaria, pero absolutamente expresiva para aludir a esta poesía. En dicho vocablo está contenida la idea de “hechura”, de “construcción”, como paciente e ininterrumpida labor tendiente a dar forma a materiales provenientes de la inteligencia y de la sensibilidad. Unas palabras bien escogidas –podría decir Godino- puedan dar dirección a lo que no lo tiene.

En la huella de la poesía pura, no es, sin embargo, poesía pura. Godino no se desentiende del hecho que funda el poema. Por el contrario, busca traerlo a la luz y darle estatura verbal. Claro que lo que hace en esta acción es reinventarlo, redimiéndolo de su oscuridad y aventando, de paso, el martirio de la inexistencia. Pienso en la *Antología de Spoon River* de Edgar Lee Masters y en su poesía que entrelaza las voces de los muertos de esa ciudad literaria, para reescribir sus historias de acuerdo a un orden imaginario. La diferencia está en que aquí las vidas son reales y la intención de Godino es piadosa. No es la suya poesía pura, pero tiene pureza. Sobre todo si por pureza entendemos integridad, decoro, probidad, palabras tan suyas que ennoblecen los poemas con su aura ética. Tampoco es profético, sino cristianamente caritativo y en lo filosófico, solidario: revisa el pasado a fin de darle amparo –abrigo- a sus criaturas en la inminencia del presente. Para lograrlo, se vale de una herramienta poderosa: la adjetivación. Los adjetivos y la forma de emplazarlos trazan una arquitectura

que atrapa mundo. Son paredes, pilares, vigas del edificio verbal que configura el poema. Aquí los términos se invierten y, más que cumplir la función de dar mérito y calificación, los adjetivos instauran la naturaleza de lo expresado. Potenciados por los encabalgamientos, vueltos musicales por los paralelismos y las simetrías, sostienen la construcción poética, quitando el acontecimiento del fluir de los hechos y entronizándolo en una dirección trascendente.

¿Qué estoy diciendo con esto? Que Godino escribe para salvaguardar y mejorar la vida. Así, los muertos no tienen una muerte definitiva; en todo caso, son puestos a continuar su sueño; la belleza no se alterna con el mal: lo equilibra y busca compensarlo; la naturaleza humana tiende a mostrarse en sus epifanías. Asumiendo el riesgo que tienen las etiquetas, digo que es un poeta artista. Trabaja su verso como un orfebre, según el dictado de Valéry de amar el trabajo que se superpone al trabajo, en la confianza de que el trabajo ha de borrar las huellas del trabajo. De este modo, asistimos a la creación de un universo cuyos cimientos se apoyan no en ficciones, sino en tierra firme. Eso sí: con el propósito de honrarla. Honrar, celebrar y hallar un destino a lo que no lo tiene son sus móviles. Cito, entonces, un cuarto título suyo *-Estado de reverencia-*, que es un libro de amor a la vida, pero también de acogida a los fantasmas que nos rondan en la noche. Me permito leer el primer poema del libro que hoy presentamos cuyo título es “Comienzo, entrada” y que si estuviéramos en el dominio de la arquitectura sería portal. Señorío del poeta que, modo de anfitrión, invita al lector a que penetre en su casa:

*Estas líneas han sido
colmadas de atenciones y bajo dirección
terrenal o de orden mixto
inagotablemente corregidas
y hoy expuestas como pruebas
de explícita verdad.*

*Convicciones de claro sabor
-opacas para aquellos
que no amen sus heridas-
quieren anidar en flamantes
cabezas, en lo ingobernable,
en señoras equivocadas,
en hermanos envejecidos,
doblegando sus cargas nocturnas:
quizás su limpidez ayude
en pariciones ajenas.*

*Estas líneas de aire terminal
ofrecen aquí sus médulas
para salud de las jóvenes canciones
que otros donantes
agregarán al mundo.*

Es una poesía que busca dialogar con el mundo. Pero es tan fuerte la impronta de la primera persona del singular que, en realidad, se trata de un autodiálogo. Mejor es entonces hablar de un monólogo del yo, que sale a vérselas con el mundo. ¿Y qué es lo que ve? La vida como una energía que nos contiene y devora, el paso fatal de los días como continuidad y desgaste, las mutaciones que operan sobre las cosas haciendo que su existencia sea siempre cambiante, el haz de luz del poema procurando que lo que no es sea. Las palabras *desguace, molienda, derrumbe*, -usadas en éste y en otros libros- expresan dicha congoja. Pero también son suyas las más amparadoras: *belleza, luz, fulgor*. A este contexto, Godino opone el soliloquio de un hombre que escribe poesía como una apoteosis de la temporalidad. Junto a su progenie constituida por los admirados Mastronardi, Murena, Uribe –a los que podría agregar Gottfried Benn, Montale y Eliot-, viene a decirnos que la palabra

poética todavía puede cumplir la tarea de ordenar el mundo. Si no es definiendo una dirección, sí, al menos, en su dimensión de canto.

Por eso –como he dicho- no deben esperarse testimonios, sino modulaciones de la materia psíquica contra el telón de fondo de la vida vivida. Como se observa en el poema leído, hay un movimiento circular: de la vida a la muerte y de la muerte a un nuevo recomenzar. Una recapitulación y una ofrenda. Un pasar la llama encendida de unas manos a otras. Lo aconsejable es, entonces, dejarse llevar por esta poesía y leerla como aventura espiritual antes que como cuita, confesión o recuento de pérdidas y ganancias. Máxime si es el propio autor quien nos previene que nos encontramos en *la casa de las palabras*. O sea, ante un arte (vuelvo sobre la idea) que sale al encuentro no de lo real como objeto -propósito que, desde esta mirada, sería imposible-, sino de las objeciones que la conciencia puede hacer a lo real.

En este nuevo libro, *Práctica interna*, de sugestivo título medicinal, cada poema es una respuesta que la poesía traza para el conocimiento de nuestra finitud y contingencia. También de nuestra esperanza. Una cura, pues, y una magnitud espiritual que coloca al quehacer poético en el centro de la escena humana, exponiendo en su misterio –esto es, sin explicarlo- el sentido y el sinsentido de las cosas, de las personas y del mundo.

Rafael Felipe Oterriño